

HISTORIOGRAPHIA IN NUCE. ALEXIS DE TOCQUEVILLE

I

AÚN suena en mis oídos un proverbio que oí a menudo en mi juventud: «La historia la escribe el vencedor». Suena con la claridad de una orden, y procede seguramente de un soldado.

El primer libro de historia que leí siendo mozo fué la *Historia Universal*, de Annegarn, excelente libro casero, que expone la historia alemana desde el punto de vista católico. Los católicos de entonces, hacia 1900, no eran, desde luego, vencedores, en una Alemania regida por Prusia, y sus historiadores se hallaban, difícilmente, a la defensiva. Mientras fuí joven, no reparé en ello. Un mozo que lee con entusiasmo libros de historia no se preocupa de quién escribiera tan bellas narraciones. Me sentí arrebatado por el buen Annegarn, y no se me ocurría pensar en problemas de historiografía.

Paulatinamente fuí conociendo a los vencedores de mi tiempo y a sus historiadores. Entonces se esclareció en mí el sentimiento sociológico del proverbio sobre los historiadores vencedores. Significaba que los historiadores liberales nacionales del Imperio bismarckiano, Sybel, Treitschke y sus sucesores, son los grandes historiadores. Para nada cuentan los vencidos austríacos o franceses, por no hablar de los daneses, polacos y ultramontanos. Sin embargo, a medida que la primera guerra mundial se acercaba, se oía, de vez en cuando, la advertencia de que debíamos apretarnos unos con otros, si no queríamos caer en el papel de vencidos. De otro modo, a las desgracias

que supone una guerra perdida habría que sumar que los historiadores del vencedor triunfarían también sobre los nuestros.

En todos estos proverbios sobre la guerra se pensaba entonces en la guerra terrestre europea del siglo XIX, guerra militar estatalmente organizada. No se pensaba en una guerra civil. Hay muchos proverbios importantes sobre la guerra en general. Poetas y filósofos, historiadores y soldados, han hablado de la guerra. Desgraciadamente, lo que se dice de la guerra sólo adquiere su último y más amargo sentido en la guerra civil. Muchos citan el principio de Heráclito: «la guerra es padre de todas las cosas». Pocos, sin embargo, cuando hablan así, se atreven a pensar en la guerra civil.

II

Hace mucho tiempo que Alexis de Tocqueville es para mí el máximo historiador del siglo XIX. Resulta de una distinción un poco fuera de moda, pero, en cambio, es uno de los raros historiadores que no han incurrido en el historicismo de su siglo. Es sorprendente cómo su mirada penetra a través de la superficie de las revoluciones y de las restauraciones para alcanzar la medula decisiva de la evolución que está en marcha tras los frentes y las consignas contradictorias, evolución que utiliza a todos los partidos de derecha e izquierda para empujar las cosas hacia una centralización y democratización crecientes.

Sí afirmo que la mirada de este historiador es penetrante, no quiero decir que la tenga tensa y forzada. No tiene el celo del buscador sociólogo o psicólogo, ni la vanidad del escéptico, tampoco abraza ambiciones metafísicas. No se propone dar con las leyes eternas del proceso histórico universal, leyes de los tres estadios o ciclos culturales. No habla de cosas en las que no participa existencialmente, de indios o egipcios, etruscos e hititas. Tampoco, a la manera del gran Hegel o del sabio Ranke, se aloja como un dios en el palco real del teatro universal; es un moralista en el sentido de la tradición francesa,

como Montesquieu, y, al par, pintor, en el sentido de la concepción francesa de la pintura. Su mirada es dulce y clara, y siempre un poco triste. Tiene coraje intelectual; pero su cortesía y lealtad le mueven a dar a todo el mundo una oportunidad, y no muestra desesperación altisonante. Así, en 1849, fué por algunos meses Ministro de Asuntos Exteriores del Presidente Luis Napoleón, al que había calado perfectamente como histrión. El capítulo que dedica en sus *Memorias* a esta experiencia tiene plena actualidad. Donde mejor se le reconoce es en estas *Memorias*. Ningún otro historiador puede hacer gala de algo semejante a Tocqueville en este admirable libro; pero lo que le levanta sobre todos los historiadores del siglo XIX es el magno pronóstico que figura al final del primer tomo de su *Democracia en América*.

El pronóstico de Tocqueville augura que la Humanidad seguirá, en forma innegable e irresistible, el camino hacia la centralización y democratización que emprendió largo tiempo ha. Pero el providente historiador no se contenta con consignar esta tendencia general de la evolución. Nombra clara y netamente las fuerzas históricas concretas que soportan y realizan esta evolución: América y Rusia. Tan distintas y opuestas como una y otra son, por caminos diferentes: una, con formas liberales de organización; otra, con formas dictatoriales, conducen al mismo resultado de una humanidad centralizada y democratizada.

III

Es realmente extraordinario que un joven jurista europeo de hace más de cien años, hacia 1835, fuese capaz de concebir semejante pronóstico, cuando la imagen del mundo dominante en su época era aún totalmente europeocéntrica. Hegel había muerto pocos años antes, en 1831, sin advertir en esas dos nuevas potencias mundiales los titulares de una nueva evolución. Lo más asombroso es que el historiador francés mentase en forma tan concreta a las dos potencias, América y Rusia, que, a la sazón, aún no estaban industrializadas. Dos gigantes

en crecimiento, acuñados ambos por el espíritu europeo y, sin embargo, no europeos, llegarán a encontrarse y a tocarse por encima de las fronteras y de las cabezas de la pequeña Europa.

Lo que Tocqueville predijo de esta suerte no era un vago oráculo, ni una visión profética, tampoco una construcción general filosófico-histórica. Era un pronóstico real, obtenido por la observación objetiva y a través de un diagnóstico superior, concebido con el arrojo de una inteligencia europea y enunciado con toda la precisión de un espíritu francés. Con este pronóstico cambia la autoconciencia europea y comienza un período nuevo de autolocalización histórica de nuestro espíritu. Amplias zonas sociales no han tenido conciencia de ellas hasta más tarde, a través del reflector de la necesidad y del altavoz de esta clara rúbrica: decadencia de Occidente. El problema no es de hoy ni de ayer. La primera contribución moderna a este tema secular procede de Tocqueville. Y aún hoy sigue siendo esta contribución la más importante de todas, por más concreta. De algunas verdades históricas profundas se puede decir que, cuando más claramente se formulan, es cuando surgen.

IV

Tocqueville fué un vencido. Se sumaron en él toda clase de derrotas, y no por azar, ni por mala suerte, sino por destino y con carácter existencial. Como aristócrata, era un vencido de la guerra civil, quiero decir de la peor clase de guerra, que acarrea también la peor especie de derrota. Pertenecía a la capa social que había sido vencida por la revolución de 1789. Como liberal, había previsto la revolución, ya no liberal, de 1848, y fué herido mortalmente por la explosión de su terror. Como francés, era hijo de una nación que, tras de una guerra de coalición de veinte años, había sido vencida por Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia. Por este flanco, era el vencido de una guerra exterior mundial. Como europeo, también vino a caer del lado de los derrotados en cuanto previó la evolución por la cual las dos nuevas potencias, América y Rusia, se conver-

rían, por encima de las cabezas de Europa, en soportes y herederos de una centralización y democratización irresistibles. Como cristiano, en fin, que fué y siguió siendo, con la fe de sus padres, por bautismo y tradición, fué también derrotado por el agnosticismo científico de su época. Por eso no llegó a ser aquello para lo que parecía predestinado más que otro ninguno: un Epimeteo cristiano. Le faltó el temple de salvación histórica que preservase de la desesperación a su idea histórica de Europa. Europa estaba perdida sin la idea de un Katechon. No sabía de ningún Katechon. En su lugar, buscó hábiles componendas. El mismo sentía la flaqueza de estas componendas, como sus adversarios, que se rieron de él por esta razón.

Fué, pues, un vencido que acepta su derrota. «C'est un vaincu qui accepte sa défaite». Esto fué lo que de él dijo Guizot, y celosamente chismoreó Sainte-Beuve. Iba dicho con mala intención; el crítico literario lo utilizaba como flecha envenenada para herir mortalmente al famoso historiador. Pero Dios cambia el sentido de estas maldades y las convierte en testimonio de otro sentido más hondo, involuntario e inesperado. El malicioso venablo puede así servir para entrever lo que hay de arcano en la grandeza que eleva al vencido francés sobre todos los historiadores de su siglo.

V

En el otoño de 1940, cuando Francia yacía en tierra, vencida, tuve un coloquio con un yugoeslavo, el poeta servio Ivo Andric, al que quiero extraordinariamente. Estábamos unidos en el conocimiento y la admiración común a Léon Bloy. El servio me contó la siguiente historia, tomada del mito de su pueblo: Durante todo el día, Marko Kraljevic, el héroe de la leyenda servia, luchó con un poderoso turco y, tras duro combate, consiguió derribarlo en tierra. Después de haber dado muerte al enemigo vencido, se despertó una serpiente que dormía sobre el corazón del muerto, y habló así a Marko: Fué

tu suerte que yo haya dormido mientras duró vuestra lucha. Entonces exclamó el héroe: ¡Ay de mí! ¡He matado a un hombre que era más fuerte que yo!

Conté la historia a algunos conocidos y amigos, entre ellos a Ernst Jünger, que estaba en París como oficial del ejército de ocupación. A todos nos impresionó profundamente. Pero todos veíamos también claramente que los vencedores de hoy no se dejan impresionar por semejantes leyendas medievales. ¡También esto forma parte de tu gran pronóstico, pobre vencido-Tocqueville!

CARL SCHMITT

(Traducido por F. J. Conde.)

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO

